

## LOS LIBROS

### RECENSIONES

THOMAS MERTON, *Encuentros en California (1968). Conferencias y cartas de Redwoods*, Sal Terrae, Maliaño (Cantabria) 2024, 451 pp.

“*Todas las cosas son mías; y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. Pues ¿qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en migajas que se caen de la mesa de tu Padre. Sal fuera y gloríate en tu gloria, escóndete en ella y goza*”. Así lo proclama el alma enamorada de san Juan de la Cruz. Y así lo expresa T. Merton como síntesis y leitmotiv de esta obra: “*Pertenece-mos enteramente a Cristo; así que no hay ningún yo que justificar, porque él, a quien pertenecemos, nos justifi-cará. Eso es Romanos 8: «Nada puede interponerse entre nosotros y el amor de Cristo».* *Está todo ahí*” (pág. 319).

Vivir desde esta perspectiva es vivir desde la dimensión de Dios. Caen las escamas de nuestros ojos y comenzamos a ver. La pobre criatura, anonadada por tanto don, el yo interior, besado en su temporalidad por la eternidad de Dios, busca permanecer en Él, liberado de toda ata-

dura: “*Autonomía real, donde los actos de una persona proceden del verdadero yo. Si el fundamento más auténtico del yo no soy solo yo, sino Dios, entonces esa persona está manifestando realmente a Dios en el mundo*” (pág. 66).

Este encuentro tan anhelado y apasionadamente buscado a lo largo de su vida es el eje y el marco de esta obra: “*Lo fundamental, lo más profundo que el hombre ha encontrado es a sí mismo, su verdadero yo, que está en Dios. Porque, al encontrar su verdadero yo, encuentra a Dios. Encuentra la raíz, encuentra su tierra*” (pág.33).

Encuentro con el Señor y encuentros con los hermanos. Así lo subraya el título. En sus páginas se recogen, como fruto maduro, las conferencias dadas por su autor en el último año de su vida. Como en Betania, el autor departe amigablemente con las hermanas del monasterio trapense de Redwoods, un entorno privilegiado para orar y compartir.

Con la libertad y espontaneidad de quien se siente en familia, con la hondura y autenticidad de toda una vida vivida ante el Dios, fugazmente encontrado; con la franqueza y humilde claridad del compañero de camino, en estos diálogos Merton nos regala intuiciones y destellos del Amado, que se esconde y débilmente se vislumbra *“aunque es de noche”* (S. Juan de la Cruz). En sintonía con los grandes místicos, proclama la desbordante experiencia: *“Todo nos ha sido dado en Cristo. Todo lo que necesitamos es experimentar lo que ya poseemos”* (pág. XXIII). Esto es fuente de paz y antídoto frente a la neurotizante búsqueda de resultados socialmente exitosos. En este sentido, anima a *“desenmascarar las ideas falsas. (...) Una de ellas es la ilusión de que lo que hago tiene que ser perfecto, o muy bueno, o muy satisfactorio. (...) Saber que no soy «yo» solo quien hace esto. Es Dios, y es parte de todo el universo. Solo en base a algo así puede haber auténtica paz”* (pp. 84 y 88).

De esta unidad de todo y de todos en Él deriva la catolicidad radical de la Iglesia, su esencial universalidad tantas veces desdibujada. De ahí, por un lado, la invitación de Merton a vivir, personal y eclesialmente, desde nuestro yo interior, esa imagen de Cristo en nosotros, que nos une a Dios y nos hermana

a todos, sin distinción de raza, religión o condición social: *“En Dios vivimos, nos movemos y existimos”* (Hch 17,28): *“Estamos llamados no solo a mirar a Dios, sino a vivir en él, y él en nosotros. (...) Un hombre católico es un hombre universal y, en Cristo, debería ser un hombre universal, completamente abierto: todas las cosas para todos los hombres en Cristo y en el Espíritu”* (pp. 34 y 182); y, por otro, su llamada a trabajar por la paz y por el diálogo ecuménico e interreligioso: *“Ser católico es ser capaz de ser fiel a la propia tradición religiosa y, al mismo tiempo, ser plenamente consciente de las posibilidades de que otras tradiciones arrojen luz sobre la nuestra”* (pág. 182).

Desde la centralidad del yo interior, santuario del Señor en la criatura, advierte del riesgo de alienación en las comunidades religiosas: *“Esa idea de la gente alienada a favor de las instituciones ha calado muy hondo porque esta era toda la idea del sacrificio. Te olvidas de tu propia voluntad. La voluntad de Dios se expresa a través de la institución”* (pág. 280).

Un yo absolutamente enseñoreado por Cristo, el único Señor de toda oración. Por eso avisa también sobre técnicas para orar centradas en el individuo: *“No hay iluminación posible si hay alguien buscándola. ¿Quién reza? Si «yo» estoy rezando, estoy acabado. La única vida de ora-*

*ción válida es aquella en la que ora Cristo. No hace falta nada más que la oración de Jesús*” (pág. 306). Lo único que prevalece después de todo es su sobreabundante misericordia: “*Gracias a Dios porque somos pecadores, violentos y un desastre, y eso no importa. (...) Esto es lo que debemos hacer como cristianos: ir por el mundo quitándole a la gente la prisión que les hace sentir que son indignos*” (pp. 318 y 376).

Su desnuda autenticidad, su sencilla libertad para expresarse desde el yo más auténtico y primigenio de la persona humana explica la facilidad de Merton para conectar de corazón a corazón con todo tipo de lectores.

Encuentros del ayer, vivos e interpelantes hoy porque están enraizados en Aquel que hace “*nuevas todas las cosas*” (Ap 21,5). Todo un regalo.

**M.<sup>a</sup> Dolores de Miguel Poyard**

MATEO BAUTISTA, *El duelo cristiano*, Centro de Humanización de la Salud. Editorial San Pablo, Madrid 2023, 174 pp.

Como el Hijo de Dios, «varón de dolores y duelos» (p. 135), el hombre y la mujer cristianos no están exentos de cargar la cruz por causa del Reino de los Cielos (Mt 16,24), de soportar desdichas, ni de transitar un laborioso y largo peregrinaje de sanación, a veces una auténtica noche oscura del alma. La realidad nos muestra que hay creyentes para quienes la fe, ante el mazazo de una tribulación, cuenta mucho; para otros, descuenta; y para otros, «no cuenta, ni descuenta».

«¿Existe un paradigma cristiano a la hora de padecer? ¿Con qué actitudes y aptitudes debe proceder un creyente para encarar su duelo por fallecimiento de seres queridos? ¿Con qué recursos cuenta para

prepararse, resistir, elaborar y sanar sus aflicciones? Es lo que vamos a desarrollar en este libro» (p. 6) El padre Mateo Bautista (Religioso de la Orden de San Camilo, licenciado en Teología moral, en Teología espiritual y Doctor en Pastoral de la Salud) nos propone, a partir de su amplia experiencia y a la luz del Evangelio, una serie de pautas para gestionar la pérdida, recuperar la armonía y transformar el dolor en agradecimiento por haber compartido nuestra vida con los que ya partieron, así como un decálogo del duelo cristiano (pp. 169-170).

El Antiguo Testamento, «gran libro sobre el sufrimiento y el duelo», nos presenta, dice el padre Mateo Bautista testimonios clarividentes